

encontraráse en una situación análoga, cuando vea caer sobre él, del templo medio abierto del Espíritu Santo, los primeros rayos de luz divina.

Sin embargo, Dios mismo es el mejor sostén de los que á Él recurren, cuando su gracia los ha despertado de su embotamiento. De aquí que su amor infinito se encargue de curar sus imperfecciones, por el camino de la prueba, á todos los que quieren acercarse á Él cuanto les sea posible.

De aquí esas penosas purificaciones, de que ya hemos hablado, ⁽¹⁾ conocidas por la mística con el nombre de *purificaciones pasivas*.

Puede, pues, verse aquí cómo se verifica ordinariamente la transición entre la vía iluminativa y la vía unitiva. ⁽²⁾ Los que marchan por esta última vía, deben aprender á quebrantar por completo las cadenas tan finas y tan resistentes de la adhesión á la voluntad propia; y deben ejercitarse en renunciar, por amor de Dios, á los más elevados dones sobrenaturales, aunque sea al sentimiento y á la conciencia de su gracia, ⁽³⁾ para no sucumbir, en definitiva, al peligro de emplear sus fuerzas en sentido contrario á las intenciones de Dios, y á la realización de una virtud sin mezcla. ⁽⁴⁾

En este sentido, dice de su héroe el magnífico *Annolied*:

«Para que su alma no sucumbiese al peso de tan grandes honores, hizo Dios en él lo que hace el platero, que, para fabricar objetos preciosos, pone oro en un crisol, y luego, por medio de instrumentos especiales, pulimenta este oro y lo trabaja. Las aficciones y los sufrimientos son los medios que emplea Dios á este efecto. ⁽⁵⁾»

6. Práctica de la presencia de Dios como primera

(1) V. Vol. IX, Conf. IX, 9.

(2) Godínez-Reguera, *Myst.*, l. 3, q. 1, § 2, n.º 36 y sig. Schram, *Myst.*, § 165. Scaramelli, *Myst.*, tr. 5, n.º 3 y sig.

(3) Denifle, *Das geistliche Leben*, (3) 3, 7, 18.

(4) Godínez-Reguera, l. 1, n.º 53 y sig. Schram, § 166 y sig.

(5) *Annolied* (Alb. Stern) 38, 645 y sig.

labor de la vía unitiva.—Cuando estas purificaciones han hecho desaparecer del alma, con frecuencia las más ocultas manchas, y, por el hecho mismo, las más difíciles de borrar, puede ella trabajar en el cumplimiento de su empresa propiamente dicha: la unión.

Como ya lo hemos dicho, ésta no es otra cosa que la realización completa y formal de lo que la gracia se propone en cada hombre. Esta es la razón por la cual no puede uno comprender el camino de la perfección si no conoce la eficacia de la gracia, y nadie conoce la eficacia de la gracia, si no ha profundizado la vida espiritual.

Es un error creer que es uno suficientemente respetuoso con la doctrina de la gracia, cuando se la considera como conteniendo principios especulativos que no puede uno observar rigurosamente en la práctica.

Si ha habido jamás un punto en que deban estar de acuerdo la teoría y en la práctica, es ciertamente éste. Si la Iglesia ha declarado que los preceptos relativos á la oración son igualmente preceptos relativos á la fe, ⁽¹⁾ puede uno decir por modo categórico que los medios por los cuales se santifica uno son igualmente los que indican cómo debe uno creer y enseñar.

Porque una de las seguras piedras de toque de la mística consiste en que cada paso hacia las alturas de la vida sobrenatural debe estar en perfecta armonía con la fe. Sabemos á qué atenernos sobre los que se apartan de la fe. ⁽²⁾

Ahora bien, si esto es así, toda perfección y toda actividad de la gracia debe partir desde luego de Dios y referirse á Dios bajo todos los conceptos.

Inútil indicar aquí lo mucho que los místicos y los santos han insistido sobre esta verdad: «Sólo Dios»; tal es su primer principio fundamental. De Dios únicamente proviene todo, en Dios sólo debe permanecer todo, sólo á Dios debe referirse todo.

Nuestra perfección consiste en hacernos semejantes á

(1) Coelestin. I, *Ep.* 21, *ad episcop. Gallia*, cap. 11.

(2) Schram, *Myst.*, § 444, 505, 543, 558.

Dios. Cuantos más rasgos de Él tengamos en nosotros, más perfectos somos. ⁽¹⁾ Aparece ante nosotros como el modelo de santidad, y obra en nosotros como fuerza para que lleguemos á Él. «Así es como poseemos la vida, el movimiento y el ser.» ⁽²⁾ Si en realidad queremos asemejarnos á Él, preciso es habituarnos, no sólo á verle presente á nuestro lado, sino á vivir en Él, y aun, según la exacta verdad, ⁽³⁾ á poseerle en nosotros como en una morada ó en un templo. ⁽⁴⁾

Resulta, pues, de aquí que ante todo debemos ejercitarnos en la práctica de la presencia de Dios, si queremos llegar á la perfección.

Sólo que no basta evocar de vez en cuando en nuestro espíritu la presencia de Dios como una verdad espiritual y una verdad de fe, sino que es preciso, con relaciones continuas con Él, especialmente con la oración, experimentar un sentimiento durable de su vecindad.

En estas condiciones, conviértese esta práctica en medio infalible de perfección. Sí, si consultamos á los santos no nos engañaremos diciendo que el verdadero ejercicio de la presencia de Dios es la perfección misma, y, por esta razón, la primera empresa de la vía unitiva. ¿Acaso es ella otra cosa que las palabras dirigidas por Dios á Abraham: «Marcha delante de mí, y sé perfecto»? ⁽⁵⁾

Así vemos á los santos entregarse con celo particular á esta práctica, y muchos de ellos se han hecho maestros en este arte.

San Honorato de Arles, ⁽⁶⁾ el bienaventurado Alfonso Rodríguez, ⁽⁷⁾ Santa María Magdalena de Pazzis, ⁽⁸⁾ Santa Rosa de Lima, ⁽⁹⁾ lograronlo en grado tal, que ni si-

(1) Saint-Jure, *Les trois voies spirituelles*, 2, 1, 1, 3, *Introd.*

(2) Act. Ap., XVII, 28.

(3) Ioan., XIV, 23. Rom., VIII, 9, 11. I Cor., III, 16. Eph., III, 16. II Tim., I, 14. I Ioan., III, 24.

(4) Saint-Jure, *loc. cit.*, 3.^a Part. *Introd.*, 2.—(5) Genes., XVII, 1.

(6) Hilar. Arelat., *Vita S. Honorati*, 8, 38.

(7) Janin, *Vita S. Alphonsi Rodriguez*, 2, 1, 55.

(8) Cepari, *Vita S. Magdal. de Pazzis*, 13, 140.

(9) Hansen, *Vita S. Rosae Lim.*, 11, 148.

quiera olvidaban á Dios durante el sueño. ¡Tan intensas eran sus relaciones con Él por la oración!

Hiciera lo que hiciera esta última santa, trabajase ó comiese, leyese ó hablase, estuviese en la calle ó en la casa de Dios, siempre veía junto á ella á Su Divina Majestad, sin que fuese esto obstáculo alguno á sus ocupaciones exteriores. Y esta era la razón por la cual asaltábanla muy rara vez en la oración pensamientos extraños. ⁽¹⁾

De tal modo estaba unido á Dios San José de Cupertino, que todo lo que le recordaba á su Salvador abrasaba á su alma como una centella caída en un tonel de pólvora. ⁽²⁾ De aquí provenían sus éxtasis continuos. Bastaba una palabra sobre el cielo, el sonido de una campana, la vista de una cruz, de un pájaro volando, para que inmediatamente abandonase su pensamiento la tierra como una flecha; ⁽³⁾ de tal modo le dominaba el recuerdo de la vecindad de Dios, de tal modo se sentía impulsado á responder por su parte á la condescendencia del Salvador para con su nada, saliendo á su encuentro.

7. El abandono á la voluntad de Dios, segunda tarea de la vía unitiva.—La nota característica de todos los santos consiste en que no reciben únicamente los efectos de la gracia, sino que devuelven á Dios con ricos intereses los talentos con que los ha enriquecido.

Con frecuencia somos injustos con relación á ellos y con relación á nosotros; á menudo nos sentimos tentados de atribuirles como un crimen el haber recibido tantas gracias. Creemos que, en estas condiciones, no les ha sido difícil convertirse en santos. Pero no; antes son ellos los que deberían decirnos que no consideremos únicamente los dones que reciben, sino también los frutos que reportan. ¿Quién sabe si entre los que envidian á los santos, no hay muchos á quienes más de uno de aquéllos podría responder que si personalmente hubiese recibido sus dones, hubiera producido frutos más abundantes y mejores?

(1) Hansen, *Vita S. Rosae Lim.*, 11, 150, 152.

(2) Pastrovicchio, *Vita S. Josephi Cupert.*, 4, 39.—(3) *Ibid.*, 3, 24 y sig.

En todo caso, la vida de todos los santos predica una gran ley de la perfección, cuando nos dice: «Dios ha hecho lo que de Él dependía; haced ahora lo que dependa de vosotros. Si Dios se os ha dado, donaos también á Él. De tal modo es grande el don de Dios, que ningún don humano puede comparársele, aunque sea un sacrificio completo por nuestra parte».

Constituye esto, pues, la segunda práctica propia de la vía unitiva, práctica que consiste en someterse voluntariamente á las intenciones y actos de Dios, ó, como dice la antigua mística, en entregarse por completo á Dios.

Hallámonos aquí en presencia del punto decisivo por excelencia en la vida espiritual, en presencia del más grande de todos los sacrificios, de ese sacrificio á cuyo solo nombre tiemblan los hombres y retroceden espantados: el desprendimiento de uno mismo para entregarse por completo á Dios. Apenas si quieren oír y comprender que ésta es la condición necesaria de nuestra perfección y de nuestra felicidad.

La mayor parte piensan como Eurípides, que sólo merece ser llamado feliz aquel cuya voluntad satisface siempre Dios. ⁽¹⁾

Pero ¿quién piensa en que el Salvador enseña precisamente lo contrario, cuando nos hace decir cada día: «Hágase vuestra santa voluntad». ⁽²⁾

Si sólo los hombres ordinarios, si sólo el mundo, no comprendiese esta importante doctrina, sería aun tolerable; pero aun los que aspiran á fines más elevados no quieren comprender este principio.

De aquí proviene que se hagan tan pocos progresos en el bien, que haya tan pocas personas perfectas, no obstante el trabajo que para ello se dan. Por lo contrario; «Cuando la voluntad propia quiere reinar en el corazón, la falsasantidad se complace en anidar en él». ⁽³⁾

(1) Euripid., *Fragm.*, 136 (Wagner).

(2) Matth., VI, 10.

(3) Mechtild von Magdeburg, 2, 1 (lat., 4, 18).

De aquí que los santos no encuentren palabras suficientes para enseñar á las almas que aspiran á la perfección el arte de abandonarse á la voluntad de Dios. Porque saben que todos los trabajos que hagamos son trabajos perdidos, y que prácticas como la oración, la mortificación, las obras de caridad, no sólo son inútiles sino perjudiciales, si no nos tomamos el trabajo de entregarnos por completo á Dios. ⁽¹⁾

San Ignacio era ciertamente un amigo de la oración, puesto que oraba siete horas diarias. No obstante, tenía buen cuidado de observar que no había que evaluar la santidad según la oración, ni la piedad según el tiempo consagrado á ella. «Sólo es perfecto—dice—quien ha sabido vencerse por completo. Pero de cien personas que oran, ochenta están adheridas á su propio sentido, y apenas hay diez que comprendan el mérito de la perfección». ⁽²⁾

Santa Teresa enseña igualmente que la perfección consiste en prescindir de la propia voluntad, y en no hacer más que la voluntad de Dios. Todo lo demás puede y debe sacrificarse, según las circunstancias. Y no debe hacerse excepción ni de los más dulces consuelos divinos, ni de las obras exteriores de piedad y caridad. ⁽³⁾

Tauler dice lo mismo en su hermosa poesía:

«Que el que quiera poseer á Jesucristo, abandone completamente su voluntad propia, haga en silencio la voluntad de Dios, y manifieste su fe con actos. La naturaleza física nos induce á menudo en error. Así, no escuches más que las enseñanzas del espíritu. No dejes que ande errante tu corazón de un lado para otro. Domina tus sentidos. No te precipites en las cosas exteriores. Contempla el verdadero camino, y aprende á conocerlo. Todo depende de una sola cosa, á saber, despojarse de la voluntad propia». ⁽⁴⁾

(1) Denifle, *Das geistliche Leben*, (3) 3, 15, 16, 17.

(2) Bartoli, *Vita ed Istituto di S. Ignazio*, 4, 12.

(3) Ribera, *Vita S. Theres.*, 4, 11, 203, 204.

(4) Wackernagel, *Kirchenlied*, n.º 462 (II, 304 y sig.).

Por esta práctica se han hecho grandes los santos.

Santa Catalina de Génova fué una heroína de la sumisión á la voluntad de Dios. Dios mismo le enseñó que jamás debía proferir estas palabras: «No quiero», sino que debía considerar como la base fundamental de toda la vida espiritual estas otras palabras: «Hágase vuestra santa voluntad». ⁽¹⁾ Ahora bien, practicó ella estos consejos con extraordinaria fidelidad. Jamás siguió sus inclinaciones propias, y fué completamente indiferente á todo lo que no era Dios. Á Dios había dado la llave de su corazón, y de tal suerte, que le parecía imposible tener todavía acceso en la cámara de su propia voluntad. ⁽²⁾

Fué imitada en esto por Santa María Magdalena de Pazzis. Desde su infancia no tuvo esta santa más que un solo deseo, y la primera gracia que pidió, fué su realización, á saber, morir con la convicción de haber ejecutado únicamente la voluntad de Dios, y esto del modo más perfecto. ⁽³⁾

Puede muy bien decirse que el único pensamiento y el único deseo de estos santos fué la realización de la hermosa doctrina que el ilustre confesor Clemente Augusto de Colonia, resumió en estas palabras: «Ordena tu corazón como un reloj en el sol de Dios. Marchará entonces con precisión admirable; podrá soportar todas las pruebas de esta vida, tendrá un movimiento siempre regular, hasta el último día; y cuando cese de latir, Dios mismo le dará nuevo impulso». ⁽⁴⁾

Cuando el alma se ha entregado á Dios hasta el punto de que, sin desprenderse de su voluntad, abdica todos sus derechos sobre ella, hasta el punto de que entre ella y Dios existe un solo *querer* y un solo *no querer*, ha llegado al estado que los místicos llaman *matrimonio espiritual*, estado que, según ellos, constituye el término y la

(1) *Vita S. Cath. Fliscæ Adornæ*, 2, 25. (Bolland., 15 sep.).

(2) *Ibid.*, 7, 80, 81, 82.

(3) Ceparì, *Vita S. Magdal. de Pazzis*, 13, 142.

(4) Gärtner, *Te Deum*, III, 335.

cumbre de la perfección que puede uno alcanzar aquí bajo. ⁽¹⁾

En efecto, difícil es imaginarse un grado más elevado de la virtud terrenal. Aquí, la vía unitiva, y, por el hecho mismo, la perfección humanamente posible aquí bajo, alcanzan su fin.

Aunque uno no pueda imaginarse un grado de perfección más elevado que éste, no deja de ser verdad que el hombre puede siempre perfeccionarlo. Aun la madre del Salvador, que estaba llena de gracia desde el principio de su vida, podía decir: «He aquí la esclava del Señor, hágase en mí según su palabra». ⁽²⁾ Sí, aun María no cesó hasta su última hora de crecer en la práctica de esta perfección, la más perfecta de todas las perfecciones.

8. La sencillez como unión de lo natural y de lo sobrenatural.—Por esta donación completa del hombre á Dios, alcanza por fin la gracia el fin que se propuso desde el principio, la completa unión de la naturaleza con lo sobrenatural.

Pero con ella puede verse también perfectamente el contraste que existe entre la vida de la gracia y la vida del mundo, y esta virtud, de la que ya hemos hablado, la sencillez cristiana, encuentra en ella su complemento. No es de extrañar que las vías del mundo y de la piedad mediana sean tan tortuosas, penosas y artificiales.

¿Y cómo podría ocurrir lo contrario? ¿Puede ver claro y caminar recto el esclavo egoísta y desgraciado que sirve á un tirano como el mundo, un tirano que alaba, verdad es, pero que nunca da, que no hace más que pedir, y que siempre procura su propio provecho?

El que intenta servir al mismo tiempo á tres y aun á cuatro señores, á Dios, al mundo, á sí mismo y con frecuencia á Belial, como lo hace la mística sectaria, ¿no ha de

(1) Alvarez a Paz, III, l. 5, p. 3, c. 14. Phil. a S. Trinit., III, tr. 1, d. 2, a. 3: tr. 3, d. 1, a. 9. Anton. a Spir., *S.*, tr. 1, 90-92; tr. 4, d. 4, 2-5. Harphius, 1, 2, 98 y sig. Jos. a Spir., *S.*, *Proem.*, l. 3, 2, § 4. Schram, § 318, *Schol.*, 2; 322, *Schol.*, 2.

(2) Luc., I, 28, 38.

considerarnos como insensatos cuando le predicamos la sencillez? En efecto, no podría figurarse de otro modo que con un corazón doble, una lengua doble, una palabra doble y una acción doble, por lo que si tan sólo le fuera dado concebir la idea de sencillez, se consideraría perdido aun antes de dar el primer paso.

El que es esclavo de sí mismo, no puede hacer otra cosa que repetir continuamente: «¿Qué dirá el mundo? Pero, ¿Y si esto no me sabe bien? ¿Y si me produce disgustos?»

Por el contrario, el que se ha entregado por completo á Dios, sólo tiene ante su vista á Dios, el honor y la voluntad de Dios. Lo que Dios quiere lo quiere él también. El honor de Dios hace callar en él todas las demás consideraciones.

Con esto tenemos la clave que nos permite formarnos exacta y completa idea de la virtud de la sencillez. La sencillez no es otra cosa que la pureza de intención relativamente al honor de Dios. ¡Únicamente Dios!; he aquí la divisa y la nota característica de la sencillez.

Estas únicas palabras hacen superflua y odiosa á los santos toda política, toda vacilación, toda astucia. Este único principio los pone al abrigo de todo equívoco, de todo disimulo y de toda medianía. Preocúpanse muy poco de lo que dice el mundo, y de si lo que dice produce honores y ventajas personales.

Cuando llegan á saber que la voluntad de Dios y el honor de Dios exigen de ellos un sacrificio, no se dirigen más que esta pregunta: «¿Cómo hacer este sacrificio?» Y tan pronto como han dado con el modo de hacerlo, cumplen su deber sin precipitación, sin violencia, con calma, pero con indomable energía; poco importa lo que puede ocurrir, ni la manera como se interprete su conducta, ni si triunfarán ó no. Así es como un observador perspicaz dice de Santa Teresa: «Todos sus pensamientos, todas sus acciones, se referían á Dios, al honor de Él, á la salvación de las almas. Quien la veía, pronto se convencía de que, por ningún precio del mundo consentiría en cometer un

pecado venial. Sólo tenía un pensamiento, ser cada día mejor y más perfecta, y—á lo que se había comprometido con voto—á hacer constantemente lo más agradable á Dios y lo que más podía honrarle». ⁽¹⁾

9. La libertad de espíritu como término y señal característica de la vía unitiva.—Únese también á esto esa nota distintiva de los perfectos y de los santos, tan apreciada por ellos; la libertad de espíritu.

Pocas personas comprenden esto. Creen unos, cuando oyen á San Pablo predicar la libertad, que no pueden observar mejor los preceptos evangélicos que despreciando todas las leyes y todas las prácticas externas, olvidando por completo que el Salvador dijo expresamente que no quería abolir ni una letra de la ley, y que solamente había venido para inspirar á la letra muerta el espíritu que vivifica, y cumplirla de este modo. ⁽²⁾

Los otros creen que no pueden oponer mejor dique á los desórdenes del espíritu del mundo que diciendo con los fariseos: «Manda, vuelve á mandar, oh Profeta; manda, vuelve á mandar; espera, vuelve á esperar; espera, vuelve á esperar; un poquito, otro poquito allí». ⁽³⁾ Y así caen en una ansiedad, en una mezquindad, en una estrechez de corazón, en una palabra, en una esclavitud tal, que no les permite distinguir entre medio y fin, entre ley y sentido de la ley. Entregados por completo á detalles insignificantes de la ley, olvidan sus más importantes prescripciones: la justicia, la misericordia, la fidelidad. ⁽⁴⁾

Todavía hay esclavos de la especie de éstos, á saber, los esclavos de la profesión y del trabajo, los esclavos de la oración y de las prácticas de penitencia, los esclavos de sus hábitos y de su tiempo. Cuando algo viene á trastornarlos, siquiera sea la obra más santa de caridad, diríase que se trata de un asunto capital, que su dicha y su salvación por siempre jamás están comprometidas.

(1) Ribera, *Vita S. Ther.*, 4, 5, 105 y sig.

(2) Matth., V, 18; Ioan., VI, 64.

(3) Is., XXVIII, 10.—(4) Matth., XXIII, 23.